



**FACULTAD DE FARMACIA
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE**

TRABAJO FIN DE GRADO

**CATÁLOGO DE ANTIGUAS FARMACIAS DE
MADRID**

Autor: Julio Gómez García de Madariaga

Tutor: Antonio Luis Doadrio Villarejo

Convocatoria: Febrero

RESUMEN

Catálogo de seis antiguas farmacias de Madrid que permanecen abiertas al público, excepto una que se exhibe en un museo. Incluye información práctica para la visita, una reseña sobre la historia de cada farmacia y de los boticarios que estuvieron a su cargo, y una descripción de los enseres que se conservan hoy en día.

ABSTRACT

Catalog of six old pharmacies of Madrid that remain open to the public, except one which is displayed in a museum. Includes practical information for the visit, an overview of the history of each pharmacy and the apothecaries who were in charge, and a description of the items that are preserved today.

INTRODUCCIÓN Y ANTECEDENTES

La ciudad de Madrid alberga un gran número de establecimientos antiguos que aún mantienen sus puertas abiertas. Algunos de estos comercios centenarios son farmacias que continúan realizando su actividad profesional, abasteciendo las necesidades terapéuticas de la población de su entorno.

Los orígenes de la Farmacia en España se remontan a los tiempos de la Alquimia y a cuando se ejercía junto a la Medicina. Los primeros boticarios eran religiosos que habitaban los conventos que atendían a los enfermos, y personas que ejercían sin ningún título oficial. Fue durante el reinado de Felipe II cuando el monarca hizo instalar, primero en el monasterio de San Lorenzo de El Escorial y después en el Alcázar de Madrid, los primeros establecimientos oficiales dedicados a esta ciencia. Tanto la llamada “Torre del Boticario” como la “Real Botica” fueron las instituciones precursoras de las oficinas de farmacia de atención al público, de los laboratorios, y de las facultades de Farmacia en España.

Con el paso del tiempo, estas boticas han sido testigos de los acontecimientos más importantes de la historia del país. Han sobrevivido a todo tipo de guerras y conflictos, reformas y otras dificultades, al mismo tiempo que han desempeñado, generación tras generación, la auténtica labor del farmacéutico, que sigue teniendo un importante papel en la sociedad. Además, estas boticas son un ejemplo del gran valor no sólo científico, sino también artístico y cultural que ostenta la Farmacia, pues en el pasado era

considerada un “*arte científico*” (privilegio que fue concedido por Felipe IV en el año 1650), aunque hoy en día solo se ve reflejado en el ejercicio de la formulación magistral. Además, en ellas se pueden encontrar ejemplares de obras de un importante valor histórico, así como recetas de ilustres personalidades; entre sus estanterías hay fórmulas de antiguos remedios populares, como la “*Triaca Magna*”, y botes que fueron realizados por los mejores alfares de la época y que muestran la riqueza del arte heráldico; incluso la propia decoración de estos locales posee un gran valor pues es la misma que la que tenían durante su época de esplendor.

Por desgracia, son pocos los libros y artículos dedicados a preservar la memoria de estas farmacias y mucho menos los catálogos que sirvan para dar a conocer su historia.

OBJETIVOS

Este trabajo trata de ofrecer un catálogo de algunas de las farmacias más antiguas que perduran hoy en día en Madrid. El objetivo es divulgar el importante legado histórico y cultural que han dejado, de forma sencilla, amena y resaltando los aspectos más relevantes de cada una de ellas, accesible a todo tipo de público. Fomentar el interés del lector sobre la historia de estas boticas y de los farmacéuticos que trabajaron en ellas, así como el papel que desempeñaron en el desarrollo de su profesión. Alentar a visitar las boticas aquí tratadas, descubrir otras nuevas y acudir a los museos dedicados a la Historia de la Farmacia que ofrecen la Universidad Complutense de Madrid y la Real Academia Nacional de Farmacia, así como otras instituciones relacionadas con la Farmacia. Por último hacer un llamamiento a los estudiantes y profesionales de Farmacia a preservar estas boticas y sus enseres, que forman parte de la historia de esta profesión, y a colaborar en su mantenimiento para que nuevas generaciones puedan disfrutar y aprender de ellas.

METODOLOGÍA

Para la realización de este trabajo se ha procedido a actualizar la información ya existente sobre estas farmacias. Para ello, el investigador ha visitado cada una de las boticas y ha consultado a sus titulares.

RESULTADOS Y DISCUSIÓN

Real Botica de la Reina Madre

Situada en la calle Mayor nº 59, entre el mercado de San Miguel y la Plaza de la Villa, se encuentra la Antigua Farmacia de la Reina Madre. Esta botica está catalogada como el establecimiento más antiguo todavía abierto de la ciudad, que a pesar de los años y de las continuas reformas sigue conservando su aspecto original y el prestigio con el que comenzó su historia.

Historia

Sus orígenes, un tanto misteriosos, se remontan al año 1578, en la actual calle Sacramento. Se cree que fue abierta por unos comerciantes venecianos, un renombrado alquimista italiano que anteriormente había dispensado drogas y filtros a Francisco I, rey de Francia, que por aquel entonces se encontraba prisionero en Madrid, encarcelado en la Torre de los Lujanes, muy cerca de la farmacia.

Existen varias teorías sobre el motivo por el que esta farmacia fue nombrada por la Corona como “Real Botica de la Reina Madre Nuestra Señora” para el suministro de medicamentos a la Reina y otras Reales personas, cargo que desempeñó durante años, hasta la instalación definitiva de la Real Oficina de Palacio:

- Algunos afirman que tanto el título como su escudo oficial fueron concedidos por Fernando VI, al haber sido la farmacia predilecta de la influyente segunda esposa de Felipe V (1643-1746), Isabel de Farnesio, que era italiana al igual que sus propietarios. Ya fuera por su propia salud o por el delicado estado de su marido, la reina nunca confió en los boticarios de la Real Botica, que pudieron estar inmersos en todo tipo de intrigas y conspiraciones palaciegas, muy comunes en la época.
- Otros consideran el hecho de que la reina Luisa Gabriela de Saboya, primera esposa de Felipe V, tuvo en gran estima a esta botica. La reina padecía de “tisis” y necesitó de toda clase de remedios hasta su prematura muerte a los 26 años. Además, en esta época la farmacia empezó a elaborar la “*pomada de la Reina Madre*”, lo que significa que los boticarios dieron esta denominación a una

fórmula propia que era surtida a una Real persona, con el fin de aumentar las ventas.

En 1616, se trasladó toda la estructura de la farmacia a la calle Mayor (que por aquel entonces se llamaba calle de Platerías), debido a que se derribó parte de la casa donde estaba ubicada para poder hacer pasar el “Santísimo” bajo Palio por la calle Sacramento, que era demasiado estrecha para las procesiones de las cofradías.

Los primeros escritos sobre esta farmacia son del año 1737, con D. Francisco Ortiz Crespo como propietario. Ese mismo año se creó el Real Colegio de Boticarios de Madrid y Ortiz fue elegido su Tesorero, además de ser el encargado de lanzar la primera edición de la “*Pharmacopea Matritensis*”. En 1742 y debido a su avanzada edad, Ortíz Crespo cedió la botica a su sobrino D. Bartolomé Fernández Pérez.

Se sabe que en 1776 la farmacia pertenecía al boticario Bartolomé Fernández Ortiz, quien falleció ese mismo año. En 1777, heredan la farmacia sus sobrinos Gregorio y Domingo García Fernández, cuyos estudios en París pudieron haber sido costeados por la reina Isabel de Farnesio, según parece. Domingo, que era menor de edad, consiguió que se dictase una Real Cédula que le permitía continuar con la botica abierta durante toda su vida, aun no siendo farmacéutico pero teniendo el correspondiente regente, que fue su hermano Gregorio. Así, desde 1778 a 1790 el farmacéutico responsable de la botica fue Gregorio, que al mismo tiempo ejercía como médico y llegó a contar con la amistad personal de Carlos III. Poco antes de su muerte hizo testamento a favor de su hermano Domingo, que llegó a ser socio de la Real Academia Médica de Madrid (en Ciencias Naturales), correspondiente del Jardín Botánico de Madrid y formó parte de la comisión de redacción de los Anales de Historia Natural (junto con Proust, Herrgen y Cavanilles). Además fue comisionado por el Gobierno para analizar las aguas minerales de Solán de Cabras y de Roal.

Entre 1830 y 1875, los nuevos propietarios de la Reina Madre, Don Benito Moreno Siñen y posteriormente su hijo José María Moreno, organizaron unas tertulias que tenían lugar en la rebotica y en la cueva de la farmacia. En ellas se congregaban políticos, escritores y otros personajes ilustres de la época, la mayoría con ideas reaccionarias a la monarquía. Algunos personajes liberales y bandidos usaron los pasadizos secretos de su sótano para salvarse del patíbulo, instalado en la vecina Plaza de la Cebada. Estos numerosos pasadizos se distribuyen por todo el subsuelo de esta

zona de la capital. Algunos de ellos comunicaban directamente con el Palacio Real y servían para llevar los medicamentos a las dependencias del monarca. Hoy en día el túnel está tapiado a los 5 o 6 metros, pero se puede ver la trampilla y el inicio del pasadizo. Años más tarde, muchos de los documentos archivados en la farmacia fueron destruidos por la familia por temor a las posibles represalias de la gente.

Desde el año 1935, tras cuatro generaciones atendida por la familia Moreno, la farmacia de la Reina Madre fue adquirida con todos sus enseres y existencias por el licenciado Don José Cid Guerrero, un madrileño castizo y afectuoso que continuó con la elaboración de todo tipo de fórmulas magistrales. También fue la primera farmacia en embotellar, con todas las garantías sanitarias, “*aguas medicinales*” como las de Cestona, Loeches y Marmolejo.

En 1996, y a su fallecimiento, la propiedad de la Farmacia pasó a su hija Dña. M^a Elena Cid García. La actual propietaria, Mercedes Sandra Ramos Cid es nieta de José Cid Guerrero.

La Visita

El despacho al público está presidido por un mostrador de caoba labrada, decorado con figuras de ángeles y dibujos geométricos que limitan un relieve con las palabras “Reina Madre”. Las paredes están decoradas con unas líneas de azulejos realizadas por el ceramista Ruiz de Luna, que dan a la farmacia un aire de comercio antiguo. En cada lado figura una fecha: la de 1578, año de la fundación de la farmacia; y la de 1914, fecha en la que se trasladó la farmacia desde la calle Sacramento a la calle Mayor. Sobre estas cerámicas se levantan unas repisas que guardan una colección numerosa de botes y albarellos talaveranos del siglo XVIII, así como orzas y piezas de cristal de la Granja.

En la rebotica se conserva una magnífica colección de recipientes de porcelana de la Real Fábrica y de la Real Fábrica de Cristales de la Granja, del siglo XVIII. Las estanterías para medicamentos son de madera con puertas de cristal del siglo XIX. En la sala hay una mesa amplia, diseñada por el propietario José Cid Guerrero, que imita a las antiguas mesas de la facultad de Farmacia, destinada para la formulación y los papeles de trabajo.

En el fondo del local hay un despacho amueblado con una mesa de caoba de primeros del siglo XIX, sobre la que descansa un “velón de aceite de Lucena” del siglo XVI en

perfecto estado. Alrededor de sus paredes hay unas estanterías de mampostería adornadas con cerámica talaverana antigua, orzas y albarellos de los siglos XVII-XVIII.

El interior de la farmacia conserva pequeños cajones de madera, cada uno pertenecía a un cliente en los que se les guardaba su medicación hasta que venían a recogerla. La farmacia también conserva los libros recetarios, inventarios de botica y una variedad de documentos con anotaciones de toda índole, algunas muy curiosas y rebosantes de historia. Cabe destacar una receta a nombre de Miguel de Cervantes, así como anotaciones de fórmulas cobradas en maravedíes. Otra reliquia es la espléndida biblioteca formada por ejemplares originales de obras tan importantes como “*El Dioscórides*” del año 1532 y varias ediciones de la “*Pharmacopea Matritense*”.

En la farmacia se conservan recipientes originales, con su contenido intacto, de algunos de los “prodigiosos remedios” que dieron prestigio a la Reina Madre. Entre ellos, los famosos “*trocitos de momia*” que se empleaban contra catarros persistentes y contra la tuberculosis; la “*pomada encarnada*” contra la calvicie; además del “*bálsamo antirreumático*” y del “*cuerno de ciervo calcinado*”. Como testigos mudos del tiempo, se conservan numerosas etiquetas de los preparados de la época, así como una antigua báscula para bebés y la magnífica caja registradora de la marca “National” que se encuentra en el despacho.

Pero seguramente, la pieza más importante de la Antigua Farmacia de la Reina Madre es un albarello de cerámica talaverana del siglo XVI, de la serie esponjada azul sobre fondo blanco, que tiene inscrito el escudo de Armas de los Reyes Católicos. Otras piezas interesantes, son los botes, albarellos, pildoreros y toneletes con la cartela próxima al cuerpo, también talaveranas, algunos decorados con el escudo de la Orden Jesuita del siglo XVIII.

La Farmacia de la Calle León

En pleno Barrio de las Letras, a camino del Paseo del Prado por la calle Huertas, se encuentra la calle León. En el edificio del número 13, haciendo esquina con la calle Lope de Vega, hay una farmacia, uno de los diez comercios más antiguos de Madrid y presuntamente la botica más longeva de la capital después de la Reina Madre. Esta botica data del Siglo de Oro de las letras españolas, que tuvo a sus máximos exponentes en este histórico barrio: el premio Nobel Jacinto Benavente nació en el número 17 de

esta calle y el prestigioso escritor Miguel de Cervantes estuvo viviendo en la misma casa que hoy día ocupa la farmacia, cuando en ella vivía un clérigo perteneciente a su misma orden eclesiástica (la Orden Tercera), que le estuvo cuidando durante una enfermedad.

Historia

En la cercana iglesia de San Sebastián está guardado el certificado de defunción del boticario más antiguo del que se tiene constancia, Pedro Serrano, fechado en diciembre de 1700. Por lo tanto, esta botica ya funcionaba a pleno rendimiento durante el siglo XVII, aunque no es hasta el año 1833 cuando la farmacia aparece por primera vez en los listados del COFM.

El siguiente farmacéutico titular que se conoce es Matías Velasco y Baltasar (1779-1848), distinguido naturalista y profesor muy estimado entre sus compañeros. Zamorano de origen, empezó su carrera como Ayudante de Farmacia de la Real Botica, pero durante la Guerra de la Independencia tuvo que abandonar la capital y luchar a favor de la Corona hasta que, después de haber sido prisionero, ejerció como Primer Boticario del Ejército. Terminada la guerra, Fernando VII le nombró Boticario de Cámara y posteriormente Vocal de la Real Junta Superior Gubernativa de Farmacia. En 1818 alcanzó el título de Primer Boticario de Cámara, pero debido a sus ideas liberales fue separado de la Real Botica y se hizo con la farmacia de la calle León nº 13, donde ejerció el oficio hasta su muerte.

Más tarde, la farmacia pasó a manos de José López-Giron y Mora (1840-1900), un distinguido farmacéutico que después de ejercer en Tarancón (Cuenca), su ciudad natal, se trasladó a Madrid, donde también trabajó como farmacéutico de la beneficencia y como secretario primero del Real Colegio de Farmacéuticos de Madrid.

En la segunda mitad del siglo XIX, la farmacia fue propiedad de Germán Ortega y Mata (1842-1904), fue uno de los impulsores de la Exposición Farmacéutica Nacional celebrada en 1882. Nacido en Pampliega (Burgos), en 1868 compró la farmacia de la calle León y fundó en ella un laboratorio que posteriormente se trasladó al Puente de Vallecas. A su muerte, su sobrino, Rufino Escribano y Ortega (1880-1949), pasó a regentar la farmacia y el laboratorio que fundó su tío, además de ostentar la Presidencia del Real Colegio de Farmacéuticos de Madrid en 1919. Durante años, los medicamentos

Ortega gozaron de gran prestigio y popularidad, como los preparados de peptona empleados contra las enfermedades gastro-intestinales, que llegaron a obtener una medalla de oro en la Exposición General de Higiene de 1898.

En 1930, Ortega le traspasó la farmacia a Leonardo Gutiérrez-Colomer Sánchez (1902-1990). Doctor en Farmacia, fue uno de los fundadores de la Sociedad Española de Historia de la Farmacia y llegó a ser Presidente del Consejo General de Colegios de Farmacéuticos.

Actualmente el establecimiento tiene el nombre de “Farmacia Antón-Pacheco Sánchez”, pero es fácilmente reconocible por los grandes azulejos que adornan la fachada con dibujos que muestran la imagen de “la copa y la serpiente”, la figura de un elegante león, y una espléndida representación de un antiguo boticario atendiendo al público. El cierre de la entrada está adornado con un grafiti que muestra un gran león azulado.

La Visita

En su interior, un conjunto de estanterías de madera da a la botica el aspecto de un comercio propio del siglo XIX. A un lado de la sala, se conserva en perfecto estado una magnífica caja registradora y una mesa en la que se exponen varios utensilios y preparados terapéuticos que pertenecieron a los sucesivos boticarios.

El botamen original de la farmacia se expone en los anaqueles y bajo el amplio mostrador de mármol de atención farmacéutica. Sin embargo, una parte fue donada por su anterior propietario, Leonardo Gutiérrez Colomer, al Museo de la Farmacia Hispana. El Museo de la Real Academia Nacional de Farmacia también posee una pieza de cada una de las colecciones que conserva la farmacia: una magnífica copa de porcelana del siglo XIX cuyas asas son dos cuidadas cabezas de león, una botella del siglo XVIII procedente de una farmacia del sur de Alemania, una botella tallada, un bote azul y una bella opalina del siglo XIX.

Farmacia Deleuze-Colomer

En el número 39 de la calle de San Bernardo, muy próxima a la estación de metro de Noviciado, se encuentra una de las farmacias más antiguas y de mayor belleza de Madrid, la Farmacia Deleuze-Colomer. Fue fundada hacia el año 1780 como “Votica de San Bernardo” (seguramente su sede estuvo en otro edificio) y se trata de uno de los

diez establecimientos más antiguos de Madrid, superado por la Farmacia de la Reina Madre y por la Farmacia León.

Historia

El primer farmacéutico que se conoce de esta farmacia fue Baltasar del Riego. Situada en la antiguamente denominada calle Ancha de San Bernardo (para distinguirla de la Angosta calle de San Bernardo) la botica gozó de gran fama y distinción desde sus inicios.

En 1861, la farmacia fue traspasada a D. Juan Chicote y González, conocido por todos como el doctor Chicote, quién organizó en su rebotica unas tertulias realmente interesantes, en las que se congregaba la *flor y nata* de la intelectualidad de la época. Su hijo, D. César Chicote y del Riego, doctor en Farmacia y Académico Honorario de la RANF, fue el siguiente propietario y durante muchos años ocupó el cargo de director del Laboratorio Municipal de Madrid, encargándose de reformar las instalaciones del suministro de agua para contribuir a la desaparición de la fiebre tifoidea.

Veinte años después, fue traspasada a don Manuel Benedicto Parisio, quien ejerció la profesión durante cuarenta y seis años, siendo jefe farmacéutico municipal y, por pertenecer al Real Colegio de Farmacéuticos de Madrid, se encargó durante varios años de la elaboración de la “*Triaca Magna*”.

La farmacia pasó posteriormente a don Salvador Serra, profesor químico del Laboratorio Municipal de Madrid. En 1947 pasó a manos de D. Alberto Deleuze Isasi, quien tuvo que realizar una serie de reformas debido al riesgo de derrumbamiento que amenazaba a todo el edificio. Éste fue motivo de disputas y protestas entre el Ayuntamiento y los miembros de la comunidad, que lucharon durante años para impedir el cierre de la farmacia con la que conviven desde hace siglos.

La Visita

La fachada que se conserva actualmente es un conjunto de grandes puertas abatibles de madera que se abren para ofrecer un escaparate lleno de productos de venta al público. Nada más entrar por la puerta, el visitante queda deslumbrado por la belleza de la botica, que presenta una fabulosa decoración de estilo barroco muy común en el siglo XIX, que se combina con la exposición de productos y publicidad actuales. Sobre el

techo, pintado con lienzos, cuelga una impresionante lámpara de araña de estilo rococó, que antiguamente iluminaba con velas el área de atención farmacéutica. Los anaqueles en donde se exhiben los productos están adornados laboriosamente con panes de oro, y se alternan con lienzos frontales de motivos florales que se han ido desgastando con el paso del tiempo. La estancia cuenta con un viejo banco de madera y una antigua báscula de pesar. Una pequeña muestra de tarros y botes está expuesta en esta sala, pero el verdadero botamen de la farmacia se encuentra en la rebotica del fondo.

Detrás del mostrador, se accede al despacho interior, esta vez de un estilo modernista, con elementos neogóticos y árabes en sus estanterías. La sala está ocupada por una gran mesa de madera donde se acumulan todos los papeles y recetas concernientes a la labor del boticario. Detrás de ella hay expuestos un imponente busto de Galeno y una gran copa azul cobalto con la imagen del busto de Platón. Estas dos piezas que presiden la sala, eran elementos decorativos muy típicos en las farmacias de aquella época. La rebotica alberga especialidades terapéuticas que se mezclan con antiguos botes, albarellos y frascos de todas clases, todos ellos originales fabricados en la Real Fábrica del Retiro, incluyendo un par de pildoreros con base de mármol (algo realmente singular), que pertenecieron a los anteriores propietarios de la farmacia Deleuze y que actualmente decoran el establecimiento.

Finalmente, al fondo de la farmacia hay un despacho con una pequeña mesa de trabajo y lleno de cajones y papeles. Es seguramente, la estancia con mayor valor histórico, pues alrededor de esta mesa se reunían los invitados y amigos de las tertulias organizadas por el doctor Chicote y su hijo. En su libro “Las Tertulias de Rebotica en España” (1958), José Luis Urreiztieta describe al doctor Chicote como *un hombre de gran personalidad y de afable corazón, que le gustaba hablar de forma locuaz en la tertulia de los avances de la química y de su empleo en la terapéutica*. A estas reuniones nocturnas acudían sobre todo médicos, compañeros de profesión de Juan Chicote, que era el jefe del servicio de farmacia del Hospital de Antón Martín. Era muy frecuente que se trataran los nuevos descubrimientos, sobre todo los referentes a la medicina y a la química, pero también asistían profesores de otras disciplinas. Aquí muchos médicos leyeron sus trabajos por primera vez, como Méndez Pelayo, que propuso crear una Sociedad de Higiene, y fue aquí donde surgió el proyecto de celebrar un Congreso de Medicina en Madrid. Muchas veces se hablaba de política, aunque solamente con un carácter romántico, a pesar de que se llegó a correr el rumor de que las tertulias eran puntos de

encuentro entre republicanos revolucionarios. También acudían escritores aficionados y profesionales de las letras, como los hermanos Bécquer, y se dialogaba sobre las obras del joven escritor Benito Pérez Galdós. Otras noches se trataba el tema musical, que muchas veces se centraba en la figura de Richard Wagner. Pero si había un motivo de total indignación en el que coincidían todos los contertulios, era cuando se comentaban los anuncios absurdos e impropios escritos en prensa por el farmacéutico propietario de la farmacia de la calle Luna, el famoso doctor Garrido, que se tratará más adelante.

El verdadero tesoro que alberga esta farmacia es el amplio botamen que todavía se exhibe en sus anaqueles o que se encuentra guardado al fondo de la rebotica. Muchas son fórmulas magistrales elaboradas en el laboratorio de la botica, que gozaban de gran popularidad, a pesar de que se trataran de remedios hoy en día absurdos e ineficaces. Su elaboración concedía prestigio a la farmacia, por lo que eran etiquetados con el nombre y apellidos del farmacéutico titular que las había preparado y con la dirección de “Calle de San Bernardo nº 39 o nº 41”, según la época. Se puede ver gran cantidad de botes y frascos con estas etiquetas: las más antiguas y en peor estado las del famoso doctor Chicote; y otras en mejores condiciones, como los pequeños botes de porcelana del Doctor Serra; y los recipientes que guardan tinturas, polvos y pomadas del Doctor Benedicto. Éste último boticario preparaba una especialidad que tuvo gran fama, “La Solución Benedicto”, un producto que contenía glicerofosfatos, empleado en la antisepsia pulmonar, aunque de dudosa eficacia.

La farmacia Deleuze es el perfecto ejemplo de armonía entre atención farmacéutica y museo, en la que sus profesionales hacen todo lo posible por conservar el valioso legado que han adquirido, para mayor o menor fortuna, pues a pesar de que las visitas no dejan de cesar en días festivos y laborales, éstas no consiguen aumentar las ventas del negocio. Es por ello que hay que agradecerles su paciencia y dedicación, que por simple amor al arte, permiten que a día de hoy podamos disfrutarla.

Farmacia Cardona-Conthe

En el nº 6 de la calle Luna, muy cerca de la Farmacia Deleuze, se encuentra la Farmacia Cardona-Conthe. Protegida de los ataques vandálicos por unos grandes cristales anti grafitis, poco queda de aquella farmacia situada en la plaza Soledad Torres Acosta, que protagonizó numerosas historias en el antiguo “Barrio Latino”. Y es que la mayoría de utensilios de la época, así como la colección de botamen y remedios antiguos, o bien

han desaparecido por el paso del tiempo, o bien forman parte de colecciones museísticas y particulares que resultan imposibles de devolver al lugar del que proceden.

Historia

Pedro Herranz Árias fue el primero en abrir una botica en esta calle, en el año 1833, después de muchos años al servicio de Fernando VII como Boticario de Cámara. Fue su sobrino, Claudio Santos Herranz Martín, instruido y asesorado en el oficio por su tío, quien trasladó la por entonces llamada “Botica Herranz” a la vivienda actual.

En 1862, el farmacéutico titular era Esteban Rodrigo de la Torre. Este boticario era miembro de la asociación “Amigos de los pobres”, que se dedicaba a prestar auxilio a todos los afectados de la epidemia de *cólera morbo* que asoló a la capital en 1865. En su botica elaboraba preparados de alcanfor que anunciaba en la prensa local como antídotos contra el cólera. Más tarde instaló en la farmacia un nuevo laboratorio especial de homeopatía, que también anunciaba en los periódicos: *“dicho establecimiento se ha montado en un local completamente separado del alopático (medicina convencional), para observar estrictamente las reglas hahnemánianas”* (en referencia a Samuel Hahnemann, médico fundador de la Homeopatía, s. XVIII).

En 1873, la farmacia de la calle Luna pasó a ser propiedad de Eugenio Francisco Garrido Pardo, el más célebre de todos los farmacéuticos que Madrid recuerda. Conocido por todos como “El Doctor Garrido”, este boticario natural de Hiniesta (Valencia) y su farmacia se hicieron famosos por la gran cantidad de anuncios que a diario enviaba a todos los periódicos locales.

El militar Julián Conthe Monterroso se hizo cargo del establecimiento hasta que fue fusilado en el año 1936, durante la Guerra Civil Española. El negocio continuó abierto y fue Luis Cardona Prado, yerno del anterior, quien mantuvo la oficina de esta farmacia con el nombre de Farmacia Cardona. Actualmente, su propietario es su hija, Susana Cardona Rey.

El Doctor Garrido

Comenzó con pequeños anuncios, como el primero de su larga lista de creaciones: *“la primera farmacia, despachando bien y económicamente”*. Con el tiempo se fueron convirtiendo en largos artículos en los que relataba historias de enfermos desahuciados

que recobraban la salud, consejos terapéuticos o cartas de agradecimiento (“*De agradecidos y satisfechos a satisfecho y agradecido*”), e incluso llegó a componer auténticas obras literarias, que incluían versos que promocionaban su farmacia. Escritos con un estilo vulgar, extravagante y chabacano, estos textos se podían leer en periódicos como “El Imparcial”, “EL Globo”, “El Liberal” y “La Correspondencia de España”.

Su eslogan “*niñas ya sabeis, estoy en luna 6*” se hizo muy famoso y se convirtió en una de las personas más populares de Madrid. Llegó a contratar un “hombre anuncio” y el propio Doctor Garrido se dedicaba a pasar consulta médica, indicando medicamentos (alopáticos y homeopáticos) y consejos tanto en la propia botica, como por correspondencia a pueblos de toda España, “*contestando a correo seguido a los de provincias nos escriben*” como él mismo anunciaba. Su extravagante comportamiento e intrusismo en el trabajo de los médicos rurales le hicieron ganarse una mala reputación entre la alta sociedad, sus compañeros de profesión y otros sanitarios de la época, que le reprendían empleando su propio juego, en nuevas publicaciones que el Doctor respondía en largos escritos que defendían su integridad.

En su farmacia también se llevaron a cabo célebres tertulias, a las que asistían sus amigos médicos y los mayores representantes de la tauromaquia española, además de literatos, autores de música de zarzuela y otros artistas. En total llegó a tener tres sucursales: dos en la calle de la Luna, números 6 y 38, y otra en la calle de la Madera, número 24, en la que se atendía gratuitamente. Vendió su célebre farmacia en el año 1893 y falleció nueve años más tarde. Años después de su muerte, en 1929, el diario “La Voz” publica una columna bajo el título “*Madrilerías*”, que comienza: “*había en Madrid un boticario que siempre estaba en su farmacia de luna*”, 6.

La Visita

En primer lugar, la antigua fachada que daba la bienvenida a la farmacia desde los tiempos de su fundación tuvo que ser completamente sustituida, por una de aspecto más moderno, ya que, en palabras de su anterior propietario, *el Ayuntamiento de Madrid no le dio opción de restaurarlo, marcando las directrices de cómo debía de ser la nueva fachada*. Afortunadamente este farmacéutico tuvo la idea de conservar los antiguos cristales que cubrían las ventanas del escaparate, pudiéndose contemplar a día de hoy dentro de la farmacia

El interior de la botica, está formado por un conjunto de anaqueles originales que envuelven la zona de atención al público. Éstos son de madera oscura y están decorados con cenefas y la silueta de capiteles dorados, junto con unos pequeños bustos que pueden ser los de Galeno e Hipócrates.

La farmacia conserva una gran caja para guardar medicamentos, seguramente del siglo XIX, que tiene escrita una lista de los remedios elaborados por “Laboratorio Doctor Humphreys”, junto con las enfermedades y síntomas que cura cada uno.

Justo encima de una puerta, una antigua pintura representa, en teoría, una alegoría de la Farmacia. Representa a una divinidad ofreciendo una copa con un remedio de la que bebe un enfermo.

La Farmacia de la Plaza de San Ildefonso

La farmacia que actualmente se encuentra en la Plaza de San Ildefonso es ahora conocida por el nombre de “Farmacia Malasaña”. Sus orígenes se remontan hasta mediados del siglo XVII, cuando los límites de Madrid estaban marcados por la Puerta de Santa Bárbara (hoy plaza de Alonso Martínez), Puerta de los Pozos de Nieve (hoy glorieta de Bilbao), Puerta de las Maravillas (hoy calle de San Andrés) y Puerta de San Bernardo (hoy glorieta de Ruiz Jiménez). A raíz de la construcción, en 1629, de una iglesia en esta plazuela, la población de la zona se incrementó y se hizo necesaria la instalación de una botica que pudiera atender sus problemas de salud.

Historia

Según los documentos conservados en el Archivo de Protocolos Notariales de Madrid, el primer boticario propietario que se conoce de esta farmacia fue Lucas López Moya. Fue uno de los primeros miembros de la *Congregación de San Lucas y Nuestra Señora de la Purificación* (institución precursora del Colegio de Farmacéuticos de Madrid) y además era familiar y notario de la Santa Inquisición.

Desde 1708, la farmacia estuvo regentada por Alfonso Gusano, congregante de *Nuestra Señora de los Desamparados y San Lucas* y uno de los fundadores del Colegio Oficial de Farmacéuticos de Madrid. Posteriormente, Nicolás Regidor se casó en segundas nupcias con la mujer viuda de Alfonso Gusano, sucediéndole así, en 1741, y llegando a ser diputado N° 1 del COFM.

En la lista de colegiales de 1837 aparece como propietario titular de la farmacia Don Carlos Ferrari Scardini. Intelectual e importante miembro activo de la época, realizó reconocidas traducciones de tratados de química orgánica y estudios analíticos de aguas y bebidas. Participó activamente en todos los titulares que ocupaba la profesión, cooperando en la lucha contra las invasiones coléricas que asolaron a la ciudad. Fue el encargado de realizar una remodelación de la farmacia que la convirtió en una de las más elegantes de la capital, famosa por la extraordinaria elaboración de sus medicamentos y codiciada por los estudiantes de Farmacia para realizar allí sus prácticas. En ella se anunciaba la venta de las *pastillas pectorales de La Ermita*, las aguas minero-medicinales Salinas Frías, tituladas de la Margarita, Loeches, y la *pomada para las grietas de los pechos del Doctor Roncal*, entre otros productos. En 1890, a la muerte de Scardini, le sucedió en la farmacia D. Manuel Peñalver, quién ya llevaba regentándola desde hacía tiempo, aunque finalmente acabó en manos de Silvestre Pérez Sánchez.

En 1909 la farmacia pasó a ser propiedad de D. Antígono Puerto, farmacéutico natural de Burgos que primero ejerció la profesión en Buenos Aires para hacer dinero. Entre otras reformas, efectuó algunas modificaciones en la fachada que anunciaba la “Farmacia Puerto”, amplió el escaparate y puso en funcionamiento el laboratorio químico-farmacéutico donde elaboraba sus famosas especialidades farmacéuticas. Llegó a registrar un producto químico de su invención para el cabello, un purgante, y el callicida Ungüento Mágico, y otros productos farmacéuticos como el Anticatarral Puerto, Antihemorroidal Puerto, Callidol líquido y la Crema Venus (producto cosmético que evita granos y arrugas).

Este boticario empleaba las técnicas de propaganda de los laboratorios americanos, como supo reflejar en la carta de presentación que envió al poco de instalarse en la plaza de San Ildefonso. En ella relaciona su nombre con el de su ilustre antecesor, Ferrari, y ofrece una lista de más de cuarenta especialidades farmacéuticas. Editó catálogos de medicamentos que vendía en su farmacia, así como anuncios en los periódicos, folletos, tarjetas postales dirigidas a médicos y farmacéuticos, carteles murales y cartas personales.

Tras el comienzo de la Guerra Civil Española (1936) la Farmacia Puerto fue incautada por el sindicato Unión General de Trabajadores (UGT), mientras funcionaba a pleno

rendimiento. El 25 de abril de 1936 Antígono Puerto fue asesinado por un grupo no identificado y no es hasta finalizar la guerra cuando el negocio fue devuelto a la familia Puerto, haciéndose cargo del mismo José A. Puerto, hijo del anterior propietario, en el año 1941.

La Visita

Los actuales propietarios de la “Farmacia Malasaña” están totalmente desvinculados de sus anteriores dueños y tuvieron que reformar buena parte del establecimiento, ya que los avatares de la guerra destruyeron parte de la biblioteca, la totalidad del archivo, y casi todo el instrumental farmacéutico. Además se remodeló la fachada (cambiando la vieja puerta de madera, que tenía grabadas unas letras cuyo significado no se ha descifrado) para eliminar las pinturas y grafitis que vergonzosamente ensuciaban las paredes de la antigua Farmacia Puerto. La botica tuvo que deshacerse de muchos enseres, entre ellos unos curiosos recipientes de cristal con tapadera que contenían ejemplares de peces y caballitos de mar. Ahora sólo conserva una pequeña colección de frascos de vidrio y varios botes de cerámica con sus etiquetas identificativas e ingredientes. A pesar de todo, la farmacia sigue siendo uno de los comercios más bonitos y elegantes de Madrid, gracias a un diseño que mantiene intacto el prestigio que le dieron sus anteriores titulares.

En la zona de atención al público, el antiguo y hermoso pavimento de azulejos de Valencia fue sustituido por un tablado de madera (sin figuras geométricas) sobre el que todavía se elevan cuatro columnas de nogal oscuro que sustentan un falso techo de madera. Frente a ellas había una imponente fuente de mármol, en cuya pila se lavaban todos los recipientes, embudos, espátulas y demás útiles que se empleaban para elaborar las fórmulas magistrales. A ambos lados de las columnas, una extensa anaquelaría de maderas finas se mantiene en perfecto estado, adornadas con la silueta de columnas y enriquecidas con molduras doradas. Entre las estanterías donde se exponen los productos en venta, descansan dos imponentes bustos dorados: uno de Galeno en el lado derecho; y otro de Hipócrates en el lado izquierdo, quien alza la mirada detrás de un pequeño mostrador. La decoración de esta primera sala es excelente, con un aterciopelado sofá de espera.

Detrás de las cuatro columnas, en lo alto de una puerta, se puede apreciar un magnífico bajorrelieve, alegoría de la Farmacia Química: en ella se representa una escena de la

mitología griega, en la que una divinidad que porta el cetro y la serpiente enseña a sus súbditos la elaboración de remedios medicinales, pudiéndose ver la imagen de un niño empleando un mortero y una máquina de destilación. Al fondo de la estancia, una última sala sirve de nuevo como mostrador, antes de llegar al despacho interior, donde acaba la visita.

Museo de la Real Academia Nacional de Farmacia

En pleno barrio de Malasaña, uniendo la calle Fuencarral con la calle Hortaleza, se encuentra la calle de la Farmacia. En ella, los números 9 y 11 están ocupados por la sede de la Real Academia Nacional de Farmacia (RANF), un palacete que ha sido catalogado dentro del Patrimonio Histórico del Estado Español con la máxima protección. Desde mediado del siglo XIX, esta institución se ha dedicado a fomentar la investigación y el estudio de las Ciencias Farmacéuticas y sus afines, a asesorar en comités científicos y a debatir sobre las cuestiones científicas que se plantean en nuestros días.

Este edificio alberga uno de los museos más completos sobre Historia de la Farmacia que existen en España, el Museo de la Real Academia Nacional de Farmacia. Un rico legado que ha ido acumulando la RANF desde sus inicios y que permite llevar a cabo un recorrido por la evolución de las actividades y medios de esta corporación científica, así como de la profesión farmacéutica. El museo reúne importantes colecciones de minerales procedentes de distintas partes del planeta; bustos y retratos de distinguidos miembros de la academia; los uniformes y trajes que vestían antiguamente; instrumental científico y de laboratorio originarios del siglo XIX y XX; además de documentos oficiales como el privilegio otorgado en 1732 por Felipe V al Colegio Oficial de Farmacéuticos de Madrid para elaborar y distribuir la prestigiosa “*Triaca Magna*”

Puede visitarse de lunes a miércoles, de 11 a 14 horas, siempre con cita previa a través del teléfono y el correo electrónico que se facilita en el sitio web: www.ranf.com.

Antigua botica neogótica del siglo XIX

Este museo custodia los enseres de una antigua farmacia madrileña original de finales del siglo XIX, de un gran valor histórico.

Originariamente, la farmacia fue abierta al público en 1876, en la calle Príncipe nº 13, justo al lado de la Plaza de Santa Ana, donde se encuentra el Teatro Español. Su propietario, D. Francisco Garcerá Castillo, era un miembro activo de la RANF y se hizo muy popular por el prestigio de las fórmulas que elaboraba en el laboratorio de su rebotica. En 1925, la farmacia fue adquirida por un joven farmacéutico, D. Isidoro Sanz Gutiérrez, quién trasladó los anaqueles y todos sus enseres a la localidad abulense de El Tiemblo, donde ejerció el oficio de boticario hasta 1936, año en el que falleció. Posteriormente fue regentada durante un tiempo por D^a M^a Concepción del Negro Olivera, pero la farmacia cerró sus puertas de forma definitiva en julio de 1948. En 1994, cuando el establecimiento iba a ser derruido debido al estado de abandono en el que se encontraba, fue adquirido por la Real Academia Nacional de Farmacia, con el fin de restaurarlo por completo y exponerlo tal y cómo era en su época de esplendor.

La Visita

La farmacia se haya en la segunda planta del museo y su conjunto se ha adaptado a la sala en la que se expone. En palabras de la RANF, *la botica es de un bello estilo neogótico que trata de recordar el pasado medieval, acorde al movimiento arquitectónico imperante a finales del siglo XIX, con una decoración adaptada al gusto de la burguesía católica de la época.* El despacho al público está formado por una anaquelería tallada en madera de pino, iluminada por una lámpara de araña, donde se exhibe una parte del botamen original de la farmacia: cuatro grandes botes de porcelana blanca y una colección de cristal fino blanco compuesta por botellas de cristal tallado, botes y frascos con tapón esmerilado y frascos aceiteros, que incrementan la belleza de esta botica. Además la estancia cuenta con dos grandes armarios que guardan bajo llave los medicamentos tóxicos.

Sobre el mostrador, una mesa fabricada en madera de limoncillo y con un tablero de mármol, descansan un tintero, un sello con el nombre y dirección de la “Farmacia de El Tiemblo”, y un libro recetario en el que aparecen la letra y firma del farmacéutico titular. En las paredes de la botica se pueden ver varios títulos de D. Isidoro Sanz Gutiérrez y la orla de su promoción de la Universidad de Santiago de Compostela.

El resto del botamen de esta farmacia se encuentra en la improvisada rebotica que hay dispuesta en la planta baja del edificio de la RANF. En dos grandes estanterías, se exponen pequeños tarros de porcelana con la etiqueta “Farmacia Sanz Gutiérrez, El

Tiemblo (Ávila)”, además de un conjunto de botellas, frascos brocales, redomas y frascos de medicamentos que proceden de la farmacia de D. Heliades Portillo Molero, situada en Los Yébenes (Toledo).

CONCLUSIONES

Este catálogo es solo una muestra de algunas de las farmacias más antiguas y destacadas que alberga Madrid. El siguiente paso sería ampliarlo y dar a conocer el resto de las boticas centenarias, y otras más recientes, para fomentar los conocimientos en Historia de la Farmacia. De forma paralela, se debería trabajar en la elaboración de nuevos catálogos y guías dedicados a las demás farmacias y boticas conventuales de cada provincia de España, con el fin de ofrecer una recopilación completa de las boticas antiguas que aún perduran en todo el país.

BIBLIOGRAFÍA

- Folch Jou, Guillermo; prólogo de Rafael Folch Andreu: Historia de la Farmacia. Madrid. 1957.
- Luna Rico, Enrique de: Historia resumida de la Antigua Farmacia de la Reina Madre Nuestra Señora. Madrid. 1998.
- Luna Rico, Enrique de: Investigación heráldica del botamen de la antigua farmacia de la Reina Madre de Madrid. Madrid. 2001.
- Denis, Marisol. Una labor no siempre reconocida: César Chicote y del Riego. Los boticarios. Pliegos de Rebotica. 2015; 121.
- Urreiztieta JL. La Rebotica del Doctor Chicote, una pequeña historia en el Madrid de la Restauración. Las Tertulias de Rebotica en España, siglos XVIII-XX. Madrid. Ed. Alonso, S.A. 1958; 164-180.
- Urreiztieta JL. El Doctor Garrido. Las Tertulias de Rebotica en España, siglos XVIII-XX. Madrid. Ed Alonso. 1958; 321–326.
- Puerto Sarmiento, Francisco Javier: La Farmacia de la Plaza de San Ildefonso (Madrid).
- Pelayo Torrent, Rosario. Directores: Francisco Javier Puerto Sarmiento, Carlos del Castillo Rodríguez. Tesis: El Museo de la Real Academia Nacional de Farmacia. 2014.
- Francés Causapé, María del Carmen: Historia del Museo de la Real Academia Nacional de Farmacia. Edit. RANF.
- Ed. Consejo Social de la Universidad Complutense de Madrid; coordinación general Rosa M^a Basante Pol... Gabriel González Navarro: El Museo de la Farmacia Hispana. Madrid. 1993.
- Fernández de Gregorio, Manuel: Anales Histórico-Políticos de Medicina, Cirugía y Farmacia. Madrid. Imprenta Real. 1983: p. 241-244.